

Paris, 12 de agosto.

DECIA en mi penúltima carta, que el imperio francés se encontró en presencia de una nacion; la restauracion en presencia de dos partidos poderosos: y que la revolucion de julio nada habia encontrado delante de sí, sino el polvo de la nacion y el polvo de los partidos. Esta verdad es tan luminosa de suyo, que sirve para explicar cumplidamente todos los grandes acontecimientos de la Francia en el siglo XIX. Cuando la Francia era una nacion, es decir, durante el imperio, llevó sus estandartes por todas las capitales de Europa. Cuando estuvo dividida en dos partidos poderosos, es decir, durante la restauracion, llevó su estandarte hasta las columnas de Hércules, y le asentó en las riberas africanas. Cuando esa nacion y esos partidos se han convertido en polvo, la Francia ha perdido su influencia en todas las regiones, y apenas es dueña de su hogar la que fué señora del mundo. Espaciemos sino los ojos por los grandes acontecimientos de Europa, en los años que van corriendo.

La Polonia se estremece; en su estremecimiento, sacude el yugo que la oprime, y su águila blanca va á afrontarse con el águila negra de la Rusia. Largo fué el combate; largo como sangriento. La Polonia, entre tanto, volvía sus ojos desmayados hácia su hermana libre del Sena. Pues bien: la Polonia sucumbió; y esa Irlanda de

los pueblos eslavos volvió á doblar el noble cuello ante la espada moscovita. La Bélgica oye la voz atronadora de la revolucion de julio: hace su revolucion en un dia; y al dia siguiente, ofrece á su madre una corona. La Francia de julio la tomó en la mano, y la que habia ceñido su sien con cien coronas, la dejó caer en el suelo, porque la encontró pesada. Desde que Carlomagno, para vencer de la otra parte del Rhin á los sajones, quiso vencer antes á los árabes al otro lado de los montes Pirineos; desde que Luis XIV, para vengar sus grandes humillaciones con una grande victoria, asentó un Borbon en el trono de San Fernando; desde que Napoleon envió á su hermano á Madrid para vencer en Moscou, y sobre todo desde que sucumbió en Waterloo, porque no habia podido ni desatar ni cortar el nudo de la cuestion española, ha sido una cosa históricamente averiguada, que la nacion francesa, para resistir ó para vencer al mundo, debe ser nuestra amiga: pues bien: nosotros la hemos tendido la mano, y ella no ha tenido fuerzas para alargarnos la suya. Volvamos los ojos al Oriente: por allí habia pasado Bonaparte: Bonaparte, más grande que Napoleon todavía. En las entrañas de aquellas bárbaras regiones se escondia el recuerdo del hombre del Occidente, del hombre de las Pirámides, y tambien el de la Francia que habia enviado á ese hombre. Del seno de la Siria y del Egipto se alza una voz lastimera, que implora la proteccion de la Francia: en cambio de su proteccion, la ofrece el Mediterráneo, ese lago de la civilizacion, ese vínculo del mundo. Pues bien: la Francia cierra sus oidos á esa voz lastimera, y asiste como espectadora, y con los brazos cruzados, al drama del Oriente.

Tal es la situacion de la Francia, despues de la revolucion de julio: situacion, que nunca ha aparecido tan clara á mis ojos, como en las últimas elecciones generales.

El mismo espectáculo que han presentado á nuestra vista los candidatos y los electores, la nacion y los partidos, en las últimas elecciones, han presentado tambien los periódicos, cuando la muerte del príncipe, heredero del trono, vino á dar un nuevo y amarguísimo alimento á su polémica diaria. Ningun periódico dinástico ha

tenido el valor de sus opiniones ; ninguno se ha atrevido á penetrar en el abismo de la situacion con la sonda ; ninguno se ha atrevido á adoptar las consecuencias de sus principios , ni á proclamar los principios que han dirigido su conducta. El *Diario de los Debates*, periódico conservador, escrito con indisputable talento , y notable por su gravedad y por su aplomo , comenzó su espiñosísima tarea en tan apuradas circunstancias , por dar la enhorabuena á la oposicion , que , segun el docto diario , habia hecho un completo abandono de sus principios anárquicos , y de sus ambiciosas pretensiones. Ahora bien : todo esto era lo que aquí se llama , y ahí se va llamando ya , una *mistificacion* ; y una mistificacion sin ejemplo en los anales de las mistificaciones humanas. Los periódicos de la oposicion dinástica , desde el primer día , han comenzado á hacer toda la oposicion compatible con la decencia. Desde el primer día , pidieron la regencia para la madre del príncipe heredero : desde el primer día , se declararon por la regencia electiva contra la regencia hereditaria : y lo que es más , exponiendo la razon de sus opiniones , no tuvieron ni escrúpulo ni empacho en afirmar , que querían la regencia de la madre , porque sería débil ; y la electiva , porque la dependencia del regente consolaría al parlamento de la independencia del trono.

Es decir , que cuando el *Diario de los Debates* felicitaba á la oposicion dinástica por su adhesion sin límites á la monarquía , la oposicion suscitaba una cuestion de poder , una cuestion de prerogativa , una cuestion de supremacia política y social entre el parlamento y el trono , entre la cámara y la monarquía de julio. Si esta fué la conducta de las oposiciones dinásticas , pueden Vds. calcular euál sería la conducta de las oposiciones radicales.

No por eso dejaba el *Diario de los Debates* de hacer , todos los dias cuando menos , una reverencia á la oposicion dinástica , hasta que la oposicion dinástica puso fin á una mistificacion que sin duda hubo de causarla asco.

Hay un sainete en que un maton , á quien llamaban Manolito el carpintero , fué traído como en procesion al socorro de las Elenas ó las Sabinas de su barrio , que iban á ser robadas por inhumanos

y carnales invasores. Manolito se armó de pies á cabeza , y cubierto de hierro , se presentó ante los injustos forzadores con aire amenazador , con adusto sobrecejo y com ademan insolente. Los otros hubieron de descubrir en el Manolito lo que el Manolito no pudo tapar ni con su insolencia , ni con su amenaza ; y tomándole el bulto , le pusieron como nuevo. Manolito recibía estas muestras de *adhesion* á su persona con un semblante apacible y con una cara risueña : y saludando afectuosísimamente á sus nuevos amigos , les decia con aquella compuesta majestad que tan bien sienta , cuando son generosos , á los fuertes.

» Ya veis , señores , que , aunque soi tan fiero ,
Conmigo se consigue todo á buenas. »

Tengo entendido , que ese Manolito , habiendo seguido despues de esta aventura unos cuantos cursos en la Sorbona , escribe ahora en el *Diario de los Debates*.

Si se considera que este es el periódico en donde han buscado su refugio todas las ideas monárquicas que existen en el seno de la revolucion ; si se reflexiona que es el órgano más puro del partido conservador en Francia ; y si se fija la atencion en que todo el talento de sus redactores está exclusivamente empleado en adormecer la opinion , en disimular los riesgos que corren las instituciones , y en arrojar un velo sobre los insondables abismos ; una tristeza profunda se apodera del alma , y uno pregunta á los que se encuentran al paso , lleno de involuntario terror : — ¿ pasó anoche la monarquía escoltada de sus hombres ? — Y al amanecer de cada dia , la misma ansiedad obliga á hacer la misma pregunta.

Por fortuna , no pasará tan pronto como era de temer esa institucion sublime , gracias á sus adversarios , y á pesar de sus defensores.

Con efecto : para hablar dignamente de los periódicos de la oposicion , y de su conducta en estas circunstancias , sería necesario hacer antes un rebusco esmerado en el repertorio dramático de nuestros comediantes de la legua.

Cuando el *Diario de los Debates*, conociendo al fin lo ridículo de su posición, repitió contra sus adversarios políticos las palabras amenazadoras que estos tenían en los labios, la oposición dinástica sintió en los tuétanos de sus huesos el mismo terror, que el *Diario de los Debates* cuando hacía sus reverencias. Manolito el carpintero, ese redactor universal de periódicos, dejó al *Diario de los Debates*, y fué á escribir en el *Constitucional*, en el *Correo* y en el *Siglo*. Su situación, sin embargo, era insostenible: por una parte, estos periódicos habían echado fieros y amenazas por la boca; y por otra, no tenían aliento ya para conformar á sus principios sus actos. En tan apurada situación, su nuevo redactor les apuntó una idea que acogieron con aclamación unánime, como parto de tan clarísimo ingenio: esta idea consiste en defender en la tribuna los principios proclamados, y en votar después contra esos mismos principios. Así satisfacen á un tiempo mismo..... me equivoqué; primero, á su honra, y después á su pavora.

Considerada bajo este punto de vista la discusión sobre el proyecto de ley constitutivo de la regencia, no dejará de ser curiosa: allí veremos á los puritanos de la izquierda proclamar los principios más patrióticos en sus discursos, y sacrificarlos después en sus votaciones, todo para la mayor honra y para el mayor provecho de la patria. Allí veremos revolucionarios que no entienden de achaque de revoluciones, y conservadores que no entienden de achaque de monarquías, ¿Pues no están creyendo los revolucionarios que han hundido en la huesa á los conservadores, porque les han quitado á Dufaure y su imperceptible falanje? ¿Pues no están creyendo los conservadores que han ganado la más descomunal batalla con el más descomunal gigante, porque han sacado á su candidato presidente por unos cuantos votos? Si esto sigue como va, esta nación, que ha echado á reñir con la Europa á un tiempo mismo catorce grandes ejércitos, llamará dentro de poco, como los niños, batallas campales á las batallas de alfilerazos.

Paris, 20 de agosto.

OCÚPASE la Cámara de los diputados en la famosa discusión sobre el proyecto de ley que constituye la regencia. Vds., que tan cuidadosos se han manifestado siempre de tener á sus lectores al corriente de las discusiones más importantes del parlamento francés, no habrán abandonado ciertamente en esta ocasión su antigua costumbre; por esto, y porque para manifestar á Vds. mi opinión sobre estos debates solemnes, es necesario de toda necesidad considerarlos en su conjunto y después de concluidos, me reservo para manifestar á Vds. mi manera de sentir en este particular, más adelante.

Entre tanto, los lectores del *Heraldo* no llevarán á mal que ocupe su atención con algunas consideraciones sobre los principales oradores de la Cámara francesa, aprovechando esta ocasión en que todos hacen vistoso alarde de sus armas.

El primer orador eminente que ha entrado en el debate sobre la cuestión de la regencia, ha sido Mr. de Lamartine; y Mr. de Lamartine es uno de aquellos hombres que más poderosamente llaman la atención de los que, como yo, son inclinados al estudio de los caracteres y del corazón humano.

Poeta de primer orden, y político ambicioso, vivió sus prime-